



S.M. 3 OFFICES

MARIANISTI – AMMINISTRAZIONE GENERALE – Via Latina, 22 – 00179 Roma – Italia

N° 156

25 de marzo de 2021
Solemnidad de la Anunciación

*... servirle con santidad y justicia,
en su presencia, todos nuestros días* (Lc 1,74-75)

1. Una formación permanente para servir más y mejor

*El Señor lo pide todo, y lo que ofrece es la verdadera vida, la felicidad para la cual fuimos creados. Él nos quiere santos y no espera que nos conformemos con una existencia mediocre, aguada, licuada.*¹ Esta cita del Papa da inicio a nuestro último documento capitular,² y hace de referencia, de telón de fondo, para el resto del documento del Capítulo. Es una llamada a la santidad común a todos los fieles cristianos (LG 11), profundamente enraizada en nuestra vocación marianista y que adquiere tonos específicos en nuestra consagración religiosa. El mismo documento capitular lo explicita más adelante:

*Estamos llamados a ser lo que somos, cada vez con mayor claridad y radicalidad. Nuestra aportación es la de ser iconos del estilo de vida de Jesús casto, pobre y obediente, totalmente consagrado al Padre y a su plan sobre la humanidad: el Reino. Nos debe distinguir esta focalización de toda nuestra vida en el Padre y en el servicio a los hermanos, y la calidad de nuestra vida fraterna que genera comunión en torno.*³

El Capítulo nos está recordando algunos puntos esenciales de nuestra vida. Esta llamada está en nuestra Regla de Vida y, de una u otra forma, en los documentos capitulares de los últimos 40 años.⁴ Releyendo esos documentos resulta llamativo que tengamos que recordarnos e insistir sobre la raíz de nuestra vocación. Llamados a ser lo que somos, cada vez con mayor claridad y radicalidad.

¹ FRANCISCO, *Gaudete et exultate* 1

² XXXV CAPÍTULO GENERAL, *Un hombre que no muera. En misión con la Familia Marianista* 1

³ XXXV CG, 6

⁴ El tiempo de pandemia me ha dado la ocasión de dedicar tiempo a releer los documentos de los Capítulos generales desde la Regla de Vida hasta hoy, mirando todo lo que se refiere a formación y especialmente a formación permanente pero también a las llamadas que se hacen a vivir una vida religiosa y espiritual más auténtica y comprometida, que es uno de los objetivos de toda formación.

Hablamos del ser, no del hacer. Y hablamos de un proceso, no de un estado. Este proceso por el que somos cada vez con mayor claridad y radicalidad lo que estamos llamados a ser es lo que entiendo es la formación permanente.

Creo que, erróneamente, a menudo reducimos la formación permanente a cursos de actualización teológica (o psicológica, o espiritual...), leer libros "píos", tener un año sabático, los retiros anuales... todo esto muy sano y santo, y parte de ese proceso de formación, pero quizá perdemos de vista el horizonte fundamental: nuestra vivencia diaria, la búsqueda de la voluntad de Dios y el deseo de vivir más plenamente nuestra consagración cada día. Y de ahí el título de este escrito, tomado del cántico de Zacarías que rezamos cada mañana.

Con el cántico bendecimos a Dios que ha suscitado una fuerza de salvación... que nos libra de nuestros enemigos...

*Para concedernos que, libres de temor,
arrancados de la mano de los enemigos,
le sirvamos con santidad y justicia,
en su presencia, todos nuestros días.⁵*

Hay un horizonte que mira al hacer: Servir a Dios.

Y hay un horizonte que mira al ser: libres de temor, arrancados de la mano de los enemigos... en su presencia, todos nuestros días.

Todos nuestros días. Formación permanente.

Al releer los documentos de los Capítulos generales se aprecia claramente que nuestra razón de ser es la misión, y que, en general, hacemos cosas, y las hacemos bien. Servimos. Pero parece que no acabamos de acertar con las dinámicas y procesos que nos hagan ser cada vez más lo que estamos llamados a ser. O, mejor dicho: las dinámicas y procesos están ahí (en la Regla y en la Guía de formación), pero parece que nos cuesta entrar en ellas y dejarnos renovar y convertir. No tengo ninguna duda (porque soy testigo de ello) del crecimiento en fidelidad y santidad de muchos de nuestros hermanos, pero no todos, y no siempre. Y por eso nos repetimos las llamadas una y otra vez. Este escrito es una llamada, que me hago a mí mismo, y que os comparto. ¿Por qué? Porque el mundo nos necesita siendo lo que estamos llamados a ser. Es nuestra vocación:

Dios, al llamarnos a ser marianistas, nos invita a seguir de una manera especial a Jesucristo, Hijo de Dios, hecho hijo de María, para la salvación de los hombres. Nuestro fin es llegar a la conformidad con Jesucristo y trabajar por la venida de su Reino. (RV 2)

Estamos aquí para la salvación de los hombres y para trabajar por la venida de su Reino. Pero eso se realiza solo siguiendo a Jesucristo... y haciéndonos más conformes con Él. Permitir que el Espíritu nos haga hijos en el Hijo. ¿Qué llevamos a la misión? ¿a nosotros mismos con nuestras genialidades (que las tenemos)? El mundo necesita la salvación de Jesucristo. Ya hay un Salvador. Lo que se nos pide es que nos dejemos transformar por Él y así hacerle presente en el mundo, con su salvación. Nuestra llamada nos pide dejarnos transformar: *La persona consagrada no podrá jamás suponer que ha completado la gestación de aquel hombre nuevo que experimenta dentro de sí, ni de poseer en cada circunstancia de la vida los mismos sentimientos de Cristo. La formación inicial, por tanto, debe*

⁵ Lc 1,74-75

engarzarse con la formación permanente, creando en el sujeto la disponibilidad para dejarse formar cada uno de los días de su vida. (VC 69)

Así que, una vez más, nos recordamos esta llamada a renovarnos y convertirnos, a dejarnos formar. Porque el mundo lo necesita.

2. De nuestra cosecha

Al iniciar esta reflexión me di cuenta de que lo fundamental sobre la formación permanente está dicho muy claramente en la Regla de Vida y en la Guía de Formación. Por tanto, para empezar no necesitamos ir a buscar a otras fuentes. Estas son las referencias fundamentales:

- Regla de Vida: el capítulo IV en ambos libros (en especial 59-62 y 4.4-4.6 y 4.11-4.17), y los artículos 39-43, 90, 3.7-3.11 y 6.17-6.20.
- Guía de Formación: el capítulo IV, que corresponde a los n. 185-207. Sería bueno ver también los números finales de la Guía (208-210) que dan una buena orientación sobre el espíritu que guía la formación.

Por eso propongo volver a leer y meditar estos números. Escuchar cómo y por dónde me está llamando el Señor a caminar. Reconocer dónde están mis resistencias. Ver qué cosas ahí escritas me producen rechazo.

Pero hay que notar que este camino se hace juntos. No es un proceso del individuo, sino de la persona. Es decir, del ser en relación. Por eso la mayoría de los medios de crecimiento propuestos son de ámbito comunitario (liturgia, reuniones de comunidad, retiros, ejercicios anuales...) o del ámbito relacional (dirección espiritual, entrevista con el superior...). En un mundo cada vez más individualista tenemos el gran don de la comunidad; pero no podemos ignorar que las tendencias individualistas están ahí y nos dejamos llevar por ellas. Por eso creo que nos ayudaría mucho "hacer contra" esas tendencias. "Naturalmente" (en la cultura actual), tendemos a aislarnos; hay que hacer por estar juntos. Nos cuesta a menudo, no nos sale instintivamente. Y cuando hay que fijar actividades comunes a menudo nos aseguramos de que estén bien acotadas en el tiempo y afecten lo menos posible a mi "agenda". Aunque de esto ya hablamos en el 3 Oficios (nº 152) sobre la autorreferencialidad, he creído que convenía volver a mencionarlo.

Teniendo en cuenta lo anterior, lo fundamental es disponerse; es decir, estar dispuesto, querer, decidirse. Es un acto de nuestra voluntad, de nuestra libertad. Por eso la primera pregunta es ¿quiero realmente dejarme formar? A lo mejor es necesaria una pregunta previa: ¿creo que necesito seguir "formándome"? En las visitas, encontramos a menudo que asociamos la formación a las etapas iniciales, hasta la profesión perpetua e, inconscientemente, pensamos que con ese acontecimiento ya se cierra la formación. A veces hay detrás una idea más peligrosa: una vez realizada la profesión perpetua no hace falta ser tan "fiel" a las cosas comunitarias, a la oración... Ya no hay que temer a los formadores y superiores que me pueden "corregir" o incluso rechazar. Ahora puedo hacer lo que quiero.

Efectivamente. Ahora puedes hacer lo que quieras, por eso la pregunta es ¿qué quieres hacer? Te has consagrado de por vida para servir al Señor, ¿quieres dejar que Él te siga formando? ¿deseas ser "conformado" con Jesucristo? Esto es la formación permanente. De cada día.

Al final de este escrito ofrezco algunas preguntas y pautas para la reflexión -personal y comunitaria- que nos ayuden a revisar y retomar nuestra formación permanente.

3. Libres de temor. Libres de nuestros enemigos

Pero no basta querer. Tenemos ataduras y enemigos.

La cita del cántico de Zacarías lo dice: para poder servirle con santidad y justicia todos nuestros días se nos tiene que conceder estar libres de temor y de la mano de nuestros enemigos.

Hay enemigos y hay temores. Y se nos tiene que liberar. No está en mi mano liberarme. Se nos concede, es un proceso de sanación, de gracia, de "formación permanente". Dios nos "da forma" a imagen de su Hijo, y nos libera de todo lo que hay en nosotros de resistencia y oposición.

Brevemente propongo aquí un par de temas y autores que he leído o releído recientemente y que pueden darnos luz en este tema:

- a) Comenzando por el más reciente, Fabio Rosini, es un sacerdote de la diócesis de Roma que trabaja fundamentalmente en pastoral de jóvenes y vocaciones. En su libro *L'arte di guarire* (por ahora solo en italiano), propone un recorrido de sanación siguiendo la curación de la hemorroísa. Su propuesta es que cualquier auténtica curación es una liberación de nuestra capacidad de amar y dejarnos amar. Abrirse o cerrarse al amor, ese es el problema. Y hace una larga descripción de las "patologías de relaciones" que revelan nuestra limitación para amar. Ahí es donde hay que mirar: ¿qué me impide amar? Su respuesta es que, detrás de cada una de estas "patologías" está siempre el miedo.

De hecho, lo contrario del amor no es el odio sino el miedo.

El miedo es ese látigo, ese azote que late en el interior y distorsiona las actitudes, nos hace agresivos o sumisos, impone seguridades, compensaciones y posesividad, dicta los tiempos de las compulsiones y apaga o hiere el amor en nuestro corazón.⁶

El miedo, por tanto, es lo que nos limita (a veces mucho) en nuestra capacidad de amar, es decir, de servir al Señor.

En ese mismo capítulo, el autor repasa una serie de miedos que nos atenazan (sin pretender ser exhaustivo), y termina vinculándolos a los vicios o pecados capitales. Vale la pena leer el libro entero, aquellos que sepan italiano. Este tema de los vicios o pecados capitales nos lleva a otros dos autores.

- b) Evagrio Póntico y Juan Casiano. Dos clásicos. Dos maestros del espíritu y de la "formación" en la vida consagrada. "Formación" en cuanto proceso de transformación de la persona.

Podemos acudir a cualquiera de los dos para que nos guíen en ese proceso de liberación de "nuestros enemigos". Se trata de la presentación, clásica en el cristianismo oriental, de los ocho vicios, o demonios, que en la tradición latina posterior se formuló como los siete pecados capitales. Pero por eso es interesante la presentación de Evagrio (Casiano le sigue), de hablar de demonios o espíritus, esos enemigos que encontramos cada día en nuestra vida y que se oponen a que vivamos fielmente nuestra vocación.

⁶ Rosini, Fabio. *L'arte di guarire*. p. 46. San Paolo Edizioni (Edición Kindle). Traducción propia.

El *Tratado práctico* de Evagrio es una joya de la espiritualidad de gran agudeza psicológica. Pero es un libro que requiere una buena guía, porque nuestro contexto antropológico, espiritual y teológico es muy distinto al del autor y se puede hacer muy difícil la lectura.⁷ Juan Casiano, en la segunda parte de las *Instituciones cenobíticas* tiene también una presentación de estos ocho malos espíritus y cómo combatirlos. Es más didáctico, aunque una lectura comentada siempre ayuda a entender mejor estas obras de un tiempo y contexto tan distinto. Pero los temas que trata son plenamente actuales: seguimos estando amenazados y heridos por los demonios de la soberbia y la vanagloria, la ira, envidia y acedia, la avaricia, lujuria y gula.

Si se quiere profundizar verdaderamente en este tema, la obra de Jean Claude Larchet, *Thérapeutique des maladies spirituelles*, es un análisis espléndido de las enfermedades del espíritu, y de su posible camino de sanación.⁸

Libres de temor. Hay realidades nuestras, internas, que nos atenazan y limitan nuestra capacidad de amar, nuestra voluntad y deseo de servir. Podemos agruparlos en los “temores” o “miedos”. De esto creo que somos todos más o menos conscientes... pero hay que seguir trabajando en esto, deseando y pidiendo ser liberado. Formación permanente.

Libres de nuestros enemigos. Hay realidades que se oponen a la vida de Dios. Hay “malos espíritus” que nos alejan del bien y nos engañan. No reconocerlos es la primera gran derrota. Formación permanente es también crecer en discernimiento de espíritus, en hacerse acompañar y dejarse guiar por un buen guía, y por los hermanos de la comunidad, para que cada día seamos más libres. Libres de temor y de nuestros enemigos.

4. Con santidad y justicia

El término “santidad” no es muy frecuente en nuestro vocabulario. Ni el del día a día ni en el oficial.⁹ Y sin embargo el último Capítulo, y el Papa Francisco, nos recuerdan esta llamada, ya presente en nuestra Regla: *Sabemos que, a pesar de nuestras imperfecciones, Dios, que nos ama y nos llama a la santidad, puede hacer que nuestras vidas, personal y comunitariamente, den el testimonio de un pueblo de santos* (RV 33).

El *Benedictus* explicita que ese servicio a Dios, al que estamos llamados, es *con santidad y justicia*. Ha coincidido la preparación de esta reflexión con la publicación por el Papa Francisco de la Carta Apostólica *Patris corde* (8 de diciembre de 2020), y me ha parecido que la figura de S. José, tan importante en nuestra tradición, puede ejemplificar mejor que nada este servicio realizado *con santidad y justicia*. Por eso, invito también a meditar y rezar con este texto.

⁷ La edición de Gabriel Bunge proporciona introducción y comentarios de gran ayuda. Creo que solo existe en el original alemán y traducciones en francés e italiano.

⁸ La edición francesa en Les Éditions du Cerf, 2000. Traducción española: *Terapéutica de las enfermedades espirituales*, Sígueme, 2020. Traducción inglesa: *Therapy of Spiritual Illness*. Alexander Press, 2012.

⁹ En los documentos capitulares desde 1981 apenas hay referencias. Prácticamente hay que esperar hasta 2001 para que aparezca la idea de santidad y la llamada a ser santos. Posteriormente aparece algo en el Capítulo de 2012 y ya en el último aparece como llamada inicial y adquiere cierto peso en el documento. Creo que, a menudo, hemos preferido hablar de “coherencia” o “fidelidad”; sin duda valores muy importantes, pero que ponen el acento en nuestra parte (lo que nosotros hacemos) más que en la acción de Dios en nosotros. Quizá un ejemplo más de cultura autorreferencial.

Como el Papa Francisco indica al final de la Carta, vivimos en un mundo y una Iglesia que necesita padres. Pero nadie nace padre, sino que se hace. Estamos muy acostumbrados a ser maestros; por nuestra tradición educativa y por el papel que a menudo se nos asigna (o nos asignamos). Pero para ser verdaderamente padres hay que asumir la responsabilidad que tenemos con los otros (justicia) y ser capaces de hacerse don (santidad).

Por eso se nos invita a aprender de José a ser padres en la ternura, a vivir en la obediencia a la voluntad del Padre sirviendo directamente a la persona y a la misión de Jesús. Aprender de él también a acoger la vida como viene: *La vida espiritual de José no nos muestra una vía que explica, sino una vía que acoge*. Todo esto se hace con valentía creativa, trabajando y aceptando no ser protagonistas.¹⁰ Podemos aprender mucho de José, como bien sabía nuestro fundador.

5. En su presencia, todos nuestros días

Una de las llamadas que más repiten los Capítulos, es la de ser fieles a la hora de meditación, como indica la Regla en el n° 55:

*Estamos convencidos
de que lo esencial es lo interior.
Para ser fieles a nuestra vocación marianista
y para crecer en la vida de la fe,
dedicamos una hora diaria a la meditación.
En esta forma de oración dejamos
que el Espíritu de Cristo
tome posesión de nuestras vidas
y nos llene de fe, esperanza y caridad.*

Si tenemos que recordárnoslo tan a menudo es porque nos cuesta, porque no lo hacemos todos o habitualmente. Nos resistimos a Dios, nos resistimos a dejar que el Espíritu de Cristo tome posesión de nuestras vidas. Consciente o inconscientemente. Nos resistimos. Tanto los que han decidido que eso no les sirve o no les ayuda, como los que se sientan una hora cada día a meditar. Unos nos resistimos más, otros menos. Hay momentos de la vida en que nos resistimos más o no lo hacemos, y otros en que lo buscamos y deseamos (y aún así nos resistimos). No es novedad. Es parte del camino.

Una gran maestra en el camino de oración es Sta. Teresa de Jesús (de Ávila). En los capítulos 8 y 9 del *Libro de la vida* narra sus dificultades con la oración, cómo lo fue dejando y cómo el Señor le fue haciendo volver a esta relación, a ese “tratar de amistad”, como ella lo define. Leer y meditar estos capítulos puede hacernos mucho bien para reconocer las dificultades que tenemos con la oración, y para querer confrontarlas. Basta un ejemplo:

Esta fue toda mi oración, y ha sido, cuanto anduve en estos peligros; (...) muy muchas veces, algunos años, tenía mas cuenta con desear se acabase la hora, que tenía por mí de estar, y escuchar cuando daba el reloj, que no en otras cosas buenas: y hartas veces no sé qué penitencia grave se me pusiera delante, que no la acometiera de mejor gana, que recogerme a tener oración. Y es cierto que

¹⁰ Las citas en este párrafo están tomadas de los números 3-5 de la *Patris corde*.

*era tan incomportable la fuerza que el demonio me hacía, o mi ruin costumbre, que no fuese a la oración, y la tristeza que me daba en entrando en el oratorio, que era menester ayudarme de todo mi ánimo (...) para forzarme, y en fin me ayudaba el Señor.*¹¹

Para poder vivir, cada día más, en su presencia, y para servirle cada día mejor. Porque, como dice la misma Teresa, *si no conocemos que recibimos, no despertamos a amar.*¹²

Todos nuestros días. Nuestra formación es permanente solo si es algo de cada día y de nuestra vida ordinaria. Si toca nuestra vida cotidiana y no se reduce a acciones extraordinarias. El nº 35c del documento *Para vino nuevo, odres nuevos* de la CIVCSVA insiste en esta dimensión de la formación continua: *la formación es de veras continua solo cuando es ordinaria y se cumple en la realidad de cada día. (...) Cada cual está llamado a dejarse tocar, educar, provocar, iluminar por la vida y por la historia, por lo que anuncia y que celebra, por los pobres y por los excluidos, por los que están cerca y por los que están lejos.* El nº 36 de ese mismo documento insistirá en la dimensión comunitaria: *La fraternidad es el lugar eminente de formación continua.*

Conclusión: para servir

En la conclusión del SM 3 Oficios nº 152 sobre la autorreferencialidad decía: *Necesitamos “ser sacados afuera”, porque la urgencia de la salvación es grande, porque hay millones de sufrientes y necesitados. Es Dios quien nos urge a dejarnos sacar afuera. Hay mucha necesidad de salvación como para pasarnos la vida mirando lo que no me han dado o lo que no he recibido.*

Algo así viene a ser la conclusión de estas reflexiones, que no son más que una invitación a tomarnos en serio nuestra formación permanente, es decir, a querer dejarnos formar por el Espíritu de acuerdo con nuestra vocación, a dejarnos conformar con Jesucristo. Porque esa es nuestra vida, nuestra llamada. Para poder trabajar por la venida de su Reino. Para que lo hagamos sea por el Reino, y no por nosotros.

El mundo necesita salvación; la salvación del Señor Jesús. Él nos ha solicitado para que seamos sus discípulos, para hacernos semejantes a Él. Esta es la acción del Espíritu y María en nosotros: conformarnos a Jesucristo. Es lo que el mundo necesita.

Sirvamos al Señor con santidad y justicia, en su presencia todos nuestros días.



Pablo Rambaud SM
Asistente General de Vida Religiosa

¹¹ Sta. Teresa de Jesús, *Libro de la vida*, VIII.7.

¹² Sta. Teresa de Jesús, *Libro de la vida*, X.4.

Para la reflexión personal:

- Toma un tiempo para leer tranquilamente este documento, y los textos de las referencias de la Regla y la Guía de Formación que se mencionan en el punto 2. De todo lo que has leído, ¿qué cosas son ya parte de tu vida cotidiana? ¿cuáles te son más extrañas? ¿hay algún punto que te produzca rechazo o resistencia?
- Examina tu vida en relación con los mencionados artículos de la Regla del cap. IV del segundo libro (4.4-4.6 y 4.11-4.17). Se refieren a nuestra vida interior. Mirando a tu realidad actual ¿dónde percibes que te llama el Señor a crecer?
- ¿En qué medida la vida en comunidad te ayuda a crecer? ¿percibes la vida comunitaria como una limitación o como un impulso? ¿en concreto, qué cosas te ayudan más y qué cosas, menos?

Para la reflexión en comunidad:

- Se puede dedicar un tiempo en comunidad a compartir las reflexiones de la parte anterior (personal), si no se ha hecho recientemente algo similar.
- La reunión semanal de comunidad (RV 6.18), las interacciones cotidianas, los diálogos y correcciones fraternas... Todo ello contribuye a nuestro crecimiento. ¿Estamos aprovechando bien en nuestra comunidad estos medios a nuestra disposición?
- Los momentos de oración compartida, la homilía diaria, la *lectio divina*, la reconciliación celebrada en comunidad... La comunidad puede dedicar un tiempo a evaluar estas prácticas para ver cómo ayuda a cada uno a crecer.
- Otro tema para revisar y compartir en comunidad se refiere a las ayudas interpersonales:
 - Entrevista con el superior (6.19)
 - Dirección espiritual (40, 61 y 4.14)
 - Nuestras relaciones como hermanos en comunidad (39-41 y 3.7)
- También de cara a la misión: ¿nos acompañamos y ayudamos a crecer? ¿evaluamos con cierta frecuencia los compromisos misioneros de cada uno y de la comunidad? ¿ayudamos y acompañamos a los más jóvenes en su incorporación a la misión?